

Noviembre de 1461 (1), derogatorio de la Pragmática Sanción. Sobre esto se publicó un monitorio, por el que se requería á los eclesiásticos y seglares de Francia, á comparecer ante el Concilio dentro del plazo de 60 días, para responder de su persistencia en la Pragmática Sanción. Transcurrido aquel término, en la quinta sesión del Concilio, que se fijó para 16 de Febrero de 1513, se habría de tratar de resolver acerca de dicha Pragmática, lo que procediese conforme á las leyes canónicas. Una comisión especial debía hacer los necesarios preparativos. Luego se leyó una bula, en la cual se confirmaban las anteriores ordenaciones del Papa sobre la Pragmática, la nulidad de los actos del conciliábulo de Pisa, y la reforma de los empleados de la Curia. El discurso que pronunció el Notario apostólico Cristóbal Marcello, de Venecia, en aquella sesión, la última á que asistió Julio II, se convirtió en un entusiasta encomio del Papa: «Julio II, explicó el orador, en una guerra sumamente justa, contra enemigos prepotentes, toleró los más ardientes calores, los más terribles fríos, las noches insomnes, enfermedades y todas las penalidades posibles, sin exceptuar el peligro de la vida, no sólo sin vacilación, sino con espontánea y entera voluntad; reunió un considerable ejército, sacrificando liberalmente sus tesoros, libertó á Bolonia, expulsó á los enemigos (los franceses) del territorio italiano, sometió á su señorío las ciudades de Reggio, Parma y Plasencia, produciendo gran júbilo en Italia y alcanzando para sí renombre inmortal. Todavía será mayor su gloria en las obras de la paz, principalmente en la reforma y glorificación de la Iglesia, la cual se halla ahora amenazada por tantos vicios, por traidores domésticos y por enemigos exteriores, alimentando á los hijos que la han despedazado, y se ve obligada á prorrumpir en tantas lamentaciones; pero confía en el auxilio de su divino Esposo. El Papa ha de ser ahora médico, pastor, labrador y, en una palabra: todo en todas las cosas, como un segundo Dios en la tierra (2)».

(1) Cf. nuestras indicaciones, vol. III, p. 173 s.

(2) Hergenröther, VIII, 528-531, advierte lo siguiente, respecto á las últimas palabras de C. Marcello: «Esta frase, que ya se encuentra antes usada por Gregorio II, hablando de S. Pedro, ep. 1 ad Leon. Isaur., no es sino una frase oratoria, copiada de la Biblia (Salmo, 81, 1, S. Juan, 10, 34, 35). Pero las palabras *in terris* junto á *Deus* ya dan un sentido limitado.» Sobre esta sesión, cf. también Sanuto, XV, 411 s. y Rohrbacher-Knöpfler, 423 s. El duque Jorge de Sajonia, fiel al catolicismo, aunque no fué invitado al concilio, con todo, apo-

Por muy contento que pudiera estar Julio II con los grandiosos éxitos conseguidos en el último medio año, atormentábale, ya como italiano, ya también como Papa, el sentimiento de la preponderancia española en Italia, la cual, por otra parte, él mismo había ayudado á consolidar. Principalmente le inquietaba la consideración de que, según podía preverse, los Estados españoles y de los Habsburgo vendrían á recaer en un mismo príncipe (1). Cuán grande solicitud inspiraba á Julio II esta supremacía de España, cuyo influjo sentía gravemente en todas partes, aun en los que estaban más próximos á él: en los Colonna, en Florencia, en Sena, en Ravenna y aun dentro del territorio de la Iglesia (2); lo manifiesta una demostración, cuya memoria nos ha conservado Giovio. Como el cardenal Grimani aludiera cierto día á la dominación extranjera que pesaba sobre Nápoles, golpeó Julio II en el suelo con su bastón, exclamando: «Si Dios me da vida para ello, yo libraré también á los napolitanos del yugo que oprime su cerviz» (3). Y no cabe dudar que el incansable Papa Róvere se ocupaba en nuevos y grandes proyectos, cuando su cuerpo se rindió.

Julio II se hallaba enfermizo ya hacía largo tiempo; y propiamente no llegó á reponerse del todo de la grave enfermedad de Agosto de 1511; sin embargo, sabía ocultar sus dolores con tal fuerza de voluntad, que logró engañar por mucho tiempo aún á los que más de cerca le rodeaban; mas al fin, á pesar de la fortaleza de su espíritu, hubo de confesarse á sí mismo, que sus días estaban contados. Era la víspera de Pentecostés del año 1512, cuando el Papa, después de vísperas, se sintió tan débil, que dijo á su primer maestro de ceremonias, que desde entonces no podría volver á tomar parte en las solemnidades de la Iglesia; ya no se hallaba en estado de cumplir las ceremonias prescritas; y como algunos cardenales le felicitaran por el fresco matiz rojo de su

yándose en la exacta opinión de que la reforma eclesiástica sólo es posible en una estrechísima adhesión al centro de la Iglesia, nombró procurador suyo en el concilio al general de los dominicos, Tomás de Vio (Cayetano) (1 de Febrero de 1513); v. Briegers Zeitschr. III, 603, 606 s. Buddee, Nik. v. Schönberg, 3.

(1) Reumont, III, 2, 43.

(2) Cf. Galante, 6, 18.

(3) Jovius, Vita Alfonsi. Dedúcese de Sanuto, XIII, 319, 349, cuánto se temía en Roma la preponderancia española, ya á fines del año 1511. Cf. también Gisi, 89 s.

rostro, y le dijeran, que parecía estar más fuerte que diez años antes; hizo notar el Papa á Paris de Grassis: «Se me adula; pues yo conozco muy bien mi estado y siento que mis fuerzas se agotan de hora en hora, y que no puedo ya vivir mucho tiempo. Por esto suplico que no me esperéis más para las vísperas ó para la misa.» Sin embargo, aún tomó parte en la procesión del Corpus. La víspera de la fiesta de San Juan Bautista, el anciano Papa fué luego todavía en peregrinación á San Pedro ad Víncula, cuyo esfuerzo le acarreó un acceso de fiebre (1).

A fines de Noviembre hizo aún otra de sus excursiones favoritas á Ostia (2), de la cual volvió entonces asimismo tan fortalecido, que pudo asistir á las sesiones tercera y cuarta del Concilio de Letrán; pero ya en ellas se dejó notar en el Papa una extraña inquietud. El segundo domingo de Adviento dirigióse á su palacio de San Pedro ad Víncula, para poder allí salir de paseo con más libertad; en los siguientes días cambió de residencia casi continuamente; hoy estaba en Santa Croce, mañana en Santa María la Mayor, luego de nuevo en San Lorenzo fuori le Mura, ó en San Eusebio, y procuraba mejorar el estado de su salud dando largos paseos; pero todo era sin provecho. Cuando su primer maestro de ceremonias le invitó á vísperas la vigilia de Navidad, díjole Julio II: «Mejor sería que invitaras al Sacro Colegio y al Sacristán de Palacio, para que vengan con la Extremaunción; pues me hallo muy enfermo y ya no viviré mucho» (3). El maestro de ceremonias no quiso creer todavía que Su Santidad estuviera tan mal; pero á otros, como por ejemplo al embajador veneciano, no se les ocultó el estado grave del Papa, el cual había ya cumplido 70 años, por más que se mantenía erguido por su férrea energía de voluntad, y continuaba atendiendo á los negocios. Un capitán de suizos predijo, á fines de Diciembre, la pronta muerte del Papa (4). Las graves solicitudes que le infundía la preponderancia de los españoles, no podían menos de influir perniciosamente en la salud del anciano. Desde la Nochebuena de 1512 no volvió á hallarse Julio II en estado de abandonar el

(1) Paris de Grassis, ed. Döllinger, 419 s. Cf. arriba, p. 324.

(2) El 27 de Noviembre de 1512, partió para Ostia en compañía de Lang y otros embajadores, de donde volvió el 1 de Diciembre. *Acta consist. f. 36. *Archivo consistorial del Vaticano.*

(3) Paris de Grasis, ed. Döllinger, 426-427.

(4) Sanuto, XV, 412, 449.

lecho. Estaba falto de sueño y de apetito, y ocho médicos, los primeros de la Ciudad, se afanaban en vano por descubrir la verdadera causa de sus padecimientos (1). «El Papa no se halla precisamente enfermo, refería á 16 de Enero de 1513 el embajador veneciano; pero no tiene apetito, de suerte que no toma en todo el día sino un par de huevos; no tiene calentura, pero su ancianidad hace su estado grave. Los cuidados le han gastado la salud.» Fuera de los designios, imposibles de adivinar, de los españoles, afligía por entonces á Julio II el temor de que los suizos pudieran aliarse con Francia (2). Los romanos nada sabían de estas solicitudes, y sólo consideraban al Papa como vencedor, cuando el jueves lardero (3 de Febrero) le celebraron como tal, en una cabalgata de la magnificencia que sólo sabía discurrir la edad de oro del Renacimiento. En ella se veían alegóricamente representados, todas las brillantes hazañas y gloriosos éxitos del Papa, el cual gozaba de una popularidad sin ejemplo. Estaba representada primero Italia oprimida por los franceses; y luego Italia libre; después las ciudades sometidas de Bolonia, Reggio, Parma y Plasencia; luego un obelisco donde se veían escritas en las lenguas griega, hebrea y latina, las palabras: «A Julio II, libertador de Italia y exterminador del cisma»; y finalmente, venía un carro triunfal con la imagen del Papa, bajo un roble que protegía con sus ramas reyes y emperadores (3). Mientras esta cabalgata triunfal cruzaba las calles de Roma, entre el júbilo de la muchedumbre popular, yacía Julio II en su lecho de muerte.

La falta de apetito y de sueño se resistían á todos los remedios intentados por los médicos. Aun cuando éstos aconsejaban la mayor quietud posible, el Papa, confiando en su naturaleza de gigante, trabajaba todavía afanosamente y recibía desde el lecho así á los cardenales como á los diplomáticos (4). Pero no se le

(1) Paris de Grassis, ed. Döllinger, 427. Aquí se dice expresamente que, desde Navidad, el Papa estaba enfermo y guardaba cama. Por tanto, está enteramente equivocado, Brosch, Julius II, 273, cuando escribe: «El Papa septuagenario cayó enfermo en los últimos días de Enero de 1513.»

(2) Sanuto, XV, 501, 503-504. Bembo dice también, que el cuidado por la suerte de Italia aceleró la muerte á Julio II.

(3) V. la relación publicada por Luzio, F. Gonzaga, 50 s., 73 s., y Steinmann, Rom, 169 s.

(4) Sanuto, XV, 531-532; cf. 547. Fraknói, Erdödi Bakócz Tamás, 128. Luzio, F. Gonzaga, 50. V. además la relación del embajador de Portugal en el Corp. dipl. Port., I, 187, y una * carta de Ludovicus de Campo Fregoso al dux de Gé-

ocultaba sin embargo, que se iba lentamente acercando á su fin. A 4 de Febrero llamó á su alcoba al primer maestro de ceremonias Paris de Grassis, y dijole, con el mayor afecto y resignación, que su muerte era inminente; Dios quería disponer de él y no había ya que pensar en su restablecimiento; daba gracias á Dios Nuestro Señor por haberle enviado, no una muerte repentina, como á muchos de sus predecesores, sino un cristiano fin, y recogimiento suficiente para atender á las cosas temporales y eternas. Tenía confianza en que Grassis ejecutaría fielmente sus deseos. En lo tocante á su entierro, deseaba que no se hiciera, ni con excesiva pobreza, ni con extremada magnificencia; esta última no la merecía, pues había sido un gran pecador; pero tampoco quisiera que le trataran como á algunos de sus predecesores, cuyo cadáver se había descuidado de una manera por extremo indecorosa. Por lo tanto, encargaba á su fiel y prudente servidor, cuidara de que, en su muerte y sepultura, se hiciese todo con mucha decencia. Luego dió las órdenes necesarias, hasta los más insignificantes pormenores, y señaló para bien de su alma una suma de dinero que se repartiría en limosnas á sacerdotes pobres (1).

A 10 de Febrero refiere el embajador veneciano: «El Papa tiene frío de quartana, y ya comienza á tratarse sobre la elección del que le ha de suceder.» En la Ciudad reinaba grande efervescencia y los cardenales velaban celosamente para mantener la tranquilidad. El estado del Papa se empeoró en los días siguientes, á pesar de lo cual, aún no había Julio II renunciado á toda esperanza (2). Todavía halló fuerzas para tomar todas las disposiciones necesarias para la quinta sesión del Concilio de Letrán (á 16 de Febrero), y persistió en que, en todo caso, se renovaran y confirmaran las ordenaciones antes publicadas contra la simoníaca elección pontificia. A 19 de Febrero se dirigió Paris de Grassis al lecho del enfermo Papa, para obtener la significación de su voluntad en lo tocante á la celebración de la próxima sesión del Concilio. «Hallé á Su Santidad, refiere Grassis, con aspecto fresco y sano y de buen humor, como si nada ó muy poco hubiera

nova, fechado en Roma á 22 de Enero de 1513. *Archivo público de Génova*. Roma, Lettere. Mazzo, 1.

(1) Paris de Grassis, ed. Döllinger, 428.

(2) Sanuto, XV, 554, 555. Sobre el estado de fermentación de la Ciudad, v. la relación del suizo P. Falk en el *Anz. f. schweiz. Gesch.*, 1892, p. 375.

padecido; y como yo manifestara por ello mi alegre sorpresa, y felicitará al Papa, dijome éste sonriendo: «Ciertamente, ayer estaba próximo á la muerte, y hoy me hallo de nuevo repuesto.» Respondió, en cuanto le fué posible, á todas mis preguntas: quería en todo caso se celebrara la sesión del Concilio el día prefijado, para que no se difriese el término establecido contra el rey de Francia y sus partidarios; pero no se debía tratar sino acerca de las cuestiones propuestas en la última sesión, y la presidencia debería pertenecer al cardenal Riario, como decano del Sacro Colegio. Luego me concedió indulgencias para mí y para los míos, y al fin me invitó, en prueba de que se hallaba bien, á tomar un vaso de malvasía. Cuando referí estas cosas á los cardenales, que imaginaban hallarse ya el Papa á la muerte, de puro asombro apenas me creían» (1).

Mas aquella mejoría había sido muy engañosa, y al fin Grassis fué quien prestó á su Señor en esta ocasión un caritativo servicio. Los familiares de Julio II habían diferido hasta entonces, por consideraciones excesivas, hacerle administrar el Sagrado Viático. Grassis insistió ahora en que se hiciera, y refiere que el Papa, que ya antes había confesado, recibió el Santísimo Sacramento con gran devoción, á 20 de Febrero (2). Luego hizo Julio II que los cardenales se acercasen á su lecho de muerte, les pidió sus fervorosas oraciones, alegando que había sido el mayor pecador, y no había regido la Iglesia como debía. Exhortóles al santo temor de Dios y á la fiel observancia de los preceptos eclesiásticos. Los requirió á proceder á una legítima elección de Papa, guardando las disposiciones de su última bula. La elección pertenecía sólo á los cardenales y no al Concilio; para el conclave se debía invitar á los cardenales ausentes, pero no, sin embargo, á los cismáticos; á éstos los perdonaba, en lo tocante á su persona, de todo corazón; pero, como Papa, debía persistir en la seve-

(1) Paris de Grassis, ed. Döllinger, 429-430 (el orden cronológico está aquí trastornado).

(2) Paris de Grassis, ed. Döllinger, 431-432. Aunque conforme en lo substancial, difiere en algo la relación del embajador de Portugal, pues según ella Julio II al principio no quería recibir el Santo Viático, pero después lo pidió él mismo, el domingo día 20. También se refiere aquí que el Papa comulgó con gran devoción. *Corp. dipl. Portug.*, I, 189-190. En el **Diarium de Cornelius de Fine* (v. arriba p. 276, nota 2) se dice igualmente, que Julio II murió pluries devote confessus atque devotissime sumpto Eucharistiae sacramento. *Biblioteca nacional de París*. Cf. Sanuto, XV, 560, 565.

ridad de las leyes canónicas, y excluir de la elección á los cismáticos. Todas estas cosas dijo el moribundo en lengua latina y en tono solemne, como si se hallara en un consistorio. Después manifestó en italiano el deseo de que se concediera á perpetuidad al duque de Urbino el Vicariato de Pesaro. Dicho esto dió con lágrimas la bendición á los llorosos cardenales (1). Animoso y con extraña fuerza de espíritu, vió el enfermo acercarse su fin (2); rehusó otras pretensiones de sus parientes, no teniendo ante los ojos sino el bien de la Iglesia. Los familiares del Papa le dieron todavía á última hora una poción de oro diluido, á la cual cierto curandero famoso de aquel tiempo atribuía una infalible virtud (3). Con grande ánimo y dominio de sí, exhaló Julio II su fuerte alma en la noche del 20 al 21 de Febrero de 1513 (4).

Su cadáver fué inmediatamente expuesto en San Pedro y luego enterrado junto á los mortales despojos de Sixto IV. Refiérese haber acudido una inmensa multitud de personas, las cuales, según advierte un testigo ocular, hicieron al difunto tales honras, que no parecía sino que se hallaba expuesto el mismo cuerpo de San Pedro (5). «Roma sentía que se había ausentado un espíritu regio» (6). «Desde hace cuarenta años vivo en esta ciudad, escribe Paris de Grassis en su libro de memorias; pero todavía nunca he visto en el entierro de un Papa tan enorme muchedumbre de gente. Todos, grandes y pequeños, viejos y jóvenes, que-

(1) Paris de Grassis en Raynald, 1513, n. 7-8 y Gatticus, 434-435. Luzio, F. Gonzaga, 51. *Acta consist. f. 37^b. *Archivo consistorial*. El Testamentum Iulii papae, publicado en las Acta Tomic., II, 192-193, en ciertos puntos está en directa contradicción con el relato de Grassis, y se hizo sin duda en época posterior. Tampoco es auténtico el largo discurso que trae Bernáldez, II, 442 s. También A. Ferronus, Vita Ludovici XII, exorna las últimas palabras de Julio II de un modo nada conforme con la historia, lo cual no ha advertido Guettée, VIII, 124 s. Para la crítica de Ferronus, cf. en general Ranke, Zur Kritik, 140 s.

(2) Relación del embajador veneciano de 21 de Febrero, publicada por Brosch, Julius II, 363, según Sanuto, XVI, f. 4. Cf. también Senarega, 618-619 y Luzio, F. Gonzaga, 51.

(3) V. las relaciones del embajador de Mantua, citadas por Gregorovius, VIII³, 107-108, y Luzio, F. Gonzaga, 51.

(4) Además de Paris de Grassis, ed. Döllinger, 432, cf. Sanuto, XV, 557, 561; las memorias contemporáneas, que se hallan en Gori, Archivio, IV, 244; Lettres de Louis XII, IV, 58, y *Acta consist., l. c. *Archivo consistorial del Vaticano*.

(5) V. la **relación de N. Gadio de 3 de Marzo de 1513. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(6) Gregorovius, VIII³, 108.

rían, á pesar de la resistencia de los guardias, besar los pies del finado. Oraban con lágrimas por la salud del alma de aquél, que había sido verdaderamente Papa y Vicario de Cristo, amparador de la justicia, acrecentador de la Iglesia apostólica, perseguidor y domeñador de los tiranos. Aun muchos para quienes podía parecer deseable por ciertas razones la muerte de Julio II, prorrumpían, sin embargo, en lágrimas, y exclamaban: «Este Papa nos ha salvado á todos nosotros, á Italia y á toda la Cristiandad, del yugo de los franceses y bárbaros» (1).

De una manera parecidamente favorable se expresa también el cronista Sebastián de Branca (2). Un holandés que habitaba entonces en Roma, elogia á Julio II como ornamento del Pontificado, protector de la santa Romana Iglesia, y libertador de Italia (3); pero no solamente en Roma era popular Julio II, sino también en las otras partes de los Estados pontificios se reconocían sus grandes merecimientos respecto de la Santa Sede; de lo cual son testigos el forlívense Andrés Bernardi (4) y el perugino Bontempi, el último de los cuales encomia con entusiastas palabras los méritos de este Papa (5).

A la verdad, á dichos juicios se oponen otros de tendencias completamente contrarias. Un varón que había intervenido tan profunda y enérgicamente en los negocios del mundo, se había creado, naturalmente, numerosos y acerbos adversarios, los cuales, aun después de su muerte, no dejaron de explayarse en mordaces sátiras (6). Pero aun prescindiendo del todo de semejantes

(1) Paris de Grassis, ed. Döllinger, 432; el editor ha ignorado, que este pasaje ya hacía mucho tiempo se había publicado en Gatticus, 435-436. Sobre el juicio de los romanos cf. también lo que cuenta Lutero, Wrampelmeyer, 233-234.

(2) Creighton, IV, 297.

(3) Cf. el pasaje del *Diarium de Cornelius de Fine, que se halla en el apéndice n.º 131. *Biblioteca nacional de París*.

(4) Bernardi, II, 395 ss.

(5) Fo ricordo con le lacrime agl'occhi e con gran dolore nel cuore come papa Giulio passò da questa vita presente, la cui vita quanto sia stata laudabile et onorevole alla Sedia Apostolica, e a tutta la Cristianità, e la sua morte quanto sia perniciosa, mai dire si potria, e quanto abbia esaltato la Chiesa di Dio e le città, quale lui ha recuperato alla prefata Sede Ap. che a tutto il mondo è noto. Arch. stor. ital. Serie 1, XVI, 2, 263.

(6) Cf. Sanuto, XV, 561 s. Roscoe, II, 39. N. Antología 1894, p. 135 s., 528 s. Strauss, Hutten (2.ª edición), 71 s., 74. Goedeke, Gengenbach (Hannover 1856), 530. El pasquin contra Julio II más extendido, es el escrito que lleva por título F. A. F. Poetae Regii libellus de obitu Iulii P. M. Anno Domini 1513 (reimpreso

explosiones de un odio feroz de partido, no han faltado tampoco historiadores serios, que se expresaran con la mayor dureza acerca de Julio II. Sólo es cuestionable, hasta qué punto sean estos juicios fundados.

Es injusta sin duda alguna, la generalidad de una observación de Guicciardini: que Julio II nada tuvo de Papa más que el traje y el nombre. El mencionado historiador florentino se expresa así, al referir la campaña de invierno que hizo el Papa contra Mirándola (1). Entonces, arrebatado Julio II por la viveza de su temperamento, faltó sin duda gravemente á la decencia de su estado eclesiástico (*decorum clericale*), y la severa reprensión por ello, es tan justificada, como las que recayeron sobre las explosiones de súbito enojo, á las cuales con tanta frecuencia se entregó (2); pero con todo eso, es insostenible é injusta la generalidad, que Julio II haya sido «una de las figuras más profanas y

en Hutteni Opp. IV, 427 sq.). La polémica de este escrito, cuyo autor muchos sospecharon que era Hutten, procede evidentemente desde un punto de vista francés (cf. Strauss, Hutten [2.^a edición], 75). Lutero lo atribuyó á Erasmo; de lo cual se defiende éste en una carta á Campeggio. Se ve por la misma, que ya entonces se dudaba acerca del autor. Unos dicen, escribe Erasmo, que el autor es Hispanus quidam, otros lo atribuyen al poeta Faustus Andrelini, otros á su vez á G. Balbi; y añade, que á pesar de todas sus averiguaciones, no ha podido obtener suficiente luz y conocimiento de ello. La crítica moderna tampoco está enteramente de acuerdo todavía acerca del autor de este escrito. El traductor anónimo de este diálogo (Julius II. Ein Gespräch vor der Himmels-thüre. Aus dem Lateinischen des G. Balbi. Berlín 1877) lo atribuye sin fundamento al citado obispo de Gurk, mientras que Retzer, biógrafo de Balbi, concluye con razón sus indagaciones con un *Non liquet*. Geiger se declara por Erasmo, á quien designan como autor muchos contemporáneos; v. Vierteljahrschrift f. Renaiss. II, 131; tal vez sea más probable la conjetura de aquellos, que ven al autor en el poeta Publio Fausto Andrelini, italiano enteramente afrancesado, con cuyas ideas está conforme el punto de vista del autor del pasquín; v. Giorn. d. Lett. ital. XIX, 188. Förster, Lucian in d. Renaiss., en el Archiv. f. Lit.-Gesch. XIV, (Leipzig 1886), 344, 362; Loesche (Anal. Luth. [Gotha 1892]), p. 58 y Cian en el Giorn. d. Lett. ital. XXIX, 451, nota 1, tienen esto por cierto. Á la misma suposición se inclina Knod, Die Bibliothek zu Schlettstadt 1889), 108, cuyos argumentos con todo no los considera decisivos Geiger en la Zeitschr. f. vergl. Lit.-Gesch. III, 489. Sobre Andrelini cf. Flaminio, 204 s.

(1) Guicciardini, IX, c. 4. Esta observación fué ya generalizada por Francisco I (cf. Febronius, Leonis X Vita, 280) y entre los escritores modernos por Gregorovius, VIII^o, 67, 108.

(2) Cf. arriba p. 258 s. y 307. Fué también contrario á su decoro, el que Julio II fuese á veces á cazar. Con todo, se equivoca Maulde, Machiavelli, II, 273, al contar también la pesca entre los ejercicios prohibidos á los clérigos.

menos sacerdotales que han pasado por la Silla de San Pedro»; que no se observaba en él «ni un vestigio de cristiana piedad», y que, lleno de sus sentimientos bélicos y mundanos, no se preocupó poco ni mucho de las obligaciones y atenciones eclesiásticas (1).

El diario de su primer maestro de ceremonias, Paris de Grassis, el cual no fué en manera alguna ciego para no ver las debilidades del Supremo Jeraarca de la Iglesia, atestigua en numerosos pasajes, que Julio II cumplía fiel y concienzudamente sus obligaciones sacerdotales. En cuanto se lo permitió el estado de su salud, tomó parte regularmente en los divinos oficios, casi todos los días, aun yendo de camino; y cuando la partida era antes de la salida del sol, oía la Santa Misa y con frecuencia la celebraba él mismo. Después de su grave enfermedad de otoño de 1510, á pesar de que sus pies se negaban ya á sostenerle, no por eso desistió de la celebración del Santo Sacrificio; y en la Nochebuena de 1510 celebró sentado la Santa Misa en su capilla particular. Por mucho que embargaran su atención los negocios políticos, no descuidó en manera alguna las solemnidades eclesiásticas (2); y lo mismo se debe decir, en general, de los asuntos pertenecientes al gobierno de la Iglesia. La prontitud con que se despachaban los negocios, tanto en la Cancillería como en la Rota, produjo tan honda impresión en Lutero, durante su permanencia en Roma en el año de 1511, que aun después hablaba de ello con el mayor encarecimiento (3); y una larga serie de disposiciones eclesiásticas, parte de ellas de mucha importancia, están indisolublemente enlazadas con el nombre de Julio II.

Hay que mencionar en primera línea, su rigurosa bula contra la simonía en la elección pontificia, la cual se encaminaba á evitar la repetición de hechos tan vergonzosos como los acaecidos en la elevación de Alejandro VI. Aquel documento, fechado á 14 de Enero de 1505, declara que será en adelante nula toda

(1) Gregorovius, VIII^o, 108, Gisi 92 y Tschackert, 5. Cf. en sentido contrario Artaud de Montor, IV, 213.

(2) Paris de Grassis, ed. Frati 23, 24, 27, 38, 42, 46, 58, 76, 78, 79-80, 98, 101, 103, 105, 108, 109, 119, 121, 123, 124, 125, 127, 128, 130, 131, 138, 143, 149, 151, 157, 158, 161, 166, 171, 190, 204, 207, 223, 227, 233, 241, 242, 256, 268, 270, 271, 281, 286. El pasaje de Grassis, aducido por Steinmann (Allg. Zeitung 1897, Beil. 148) muestra, que Julio II cuidaba rigurosamente que los que asistían á los oficios divinos estuviesen con el debido respeto y dignidad.

(3) Cf. Hausrath, 31, 72.